

Marchant

Sergio Raimondi

Universidad Nacional del Sur

<https://orcid.org/0009-0005-2702-0356>

Es recién hacia el final de ese libro excepcional en cada uno de los niveles de sentido del adjetivo que es *Sobre Árboles y Madres*, publicado por cuenta de su autor en el sello Gato Murr en Santiago de Chile en 1984 y que constituye el primer momento de un programa filosófico de lectura de la poesía chilena —en este caso dedicado al estudio de Gabriela Mistral—, cuando, en una de las tantas instancias autorreflexivas que lo traman, reconocibles en principio mediante un cambio en la tipografía, queda planteado cómo el impulso del que tanto el texto como el programa provienen está vinculado a una pérdida: “Un día, de golpe, tantos de nosotros perdimos la palabra, perdimos totalmente la palabra. Otros en cambio —fuerza o debilidad— (se) perdieron esa pérdida: pudieron seguir hablando, escribiendo, y, si cambio de contenido, sin embargo, ningún cambio de *ritmo* en su hablar, en su escritura. Destino, esa pérdida total fue nuestra única posibilidad, nuestra única oportunidad” (*SAM* 348). Mejor no pasar por alto la delicadeza de la referencia, en la que solo el uso de la primera persona del plural y ese sutil “de golpe” permiten un entendimiento, justamente, del golpe de septiembre de 1973. Si bien la delicadeza se entiende desde la existencia de un estado de excepción, hay que advertir además que el acontecimiento no aparece como mera imposición, dado que la pérdida podía ser asumida, o no. Que tanto el libro como el programa provienen de haberla asumido se corrobora al recuperar un comentario de las primeras páginas, en otra instancia autorreflexiva: “los textos escritos por mí entre 1979 y 1982 —textos breves, después de siete años sin poder escribir nada, sin tener nada que decir” (*SAM* 58). *Sobre Árboles y Madres* proviene entonces no solo de la pérdida de la palabra sino, sobre todo, de la distinción de esa pérdida como oportunidad.

Es la oportunidad de hablar y escribir de otro modo. Pero no es una oportunidad dada; emerge en tanto y en cuanto no se pierda la pérdida.

Ahí está la mención a quienes sí la perdieron, aquellos que pudieron seguir hablando, cambiando tal vez el contenido, aunque sin “ningún cambio de ritmo”. Por el contrario, los siete años “sin poder escribir nada, sin tener nada que decir” constituyen, además de la asunción del acontecimiento, la justificación más plena de la extrañeza implicada en la experiencia de leer *Sobre Árboles y Madres*, ya entonces, cuando el libro se publica en 1984, e inclusive hoy, cuarenta años después. Porque es evidente que su escritura, asumido el silencio, está ahora sostenida en otra dicción de la lengua, en otra modulación del pensamiento; en fin, en otro ritmo. Marchant entiende, con Nietzsche, que solo hay otro contenido si hay otro ritmo, porque, a fin de cuentas, no hay otro contenido que el ritmo. Tal vez ese punto de partida, que exige menos leer un texto que oírlo (poder oír, como se dice en *Más allá del bien y del mal* § 246, la ruptura de una simetría demasiado rigurosa, un *staccato* o una sucesión de vocales y diptongos) ya contenga las otras dimensiones del contenido de *Sobre Árboles y Madres*: por un lado, la decisión de configurar un programa filosófico de lectura de la poesía chilena; por otro, la hipótesis más o menos escandalosa según la cual en Chile, por no decir —continuando un decir sin asumir ninguna pérdida— en América Latina, el pensamiento está en la poesía.

Pero en *Sobre Árboles y Madres* el reconocimiento del pensar de la poesía es simultáneo a otro: el de que nadie ha reparado previamente en ese pensamiento. La pregunta que insiste es: ¿por qué en Chile no se leyó, hasta ahora, a Gabriela Mistral? En una ponencia presentada en 1981, en la que adelantaba varios argumentos a desplegar en el libro por venir, Marchant escribía: “Nos aterra que la grandeza conceptual de la poesía de Gabriela Mistral no haya sido ni siquiera sospechada. Alguien pensó en Chile; silencio. Nadie se ha dado cuenta” (*Escritura y temblor* 120). Tan relevante como detectar un pensar en los versos de Mistral es detectar cómo ese pensar ha pasado desapercibido. De ahí que *Sobre Árboles y Madres* no sea solo un primer momento de indagación filosófica de la poesía chilena y, más en general, una indagación acerca de modos intensos de leer; es, al mismo tiempo, una indagación sobre los modos, también se podría calificar intensos, de no leer. ¿Quiere establecer Marchant alguna conexión entre el acontecimiento de la pérdida de la palabra y el acontecimiento de que Mistral no haya sido leída, es decir, el acontecimiento de haberse perdido también sus palabras? Escribe: “Necesidad de explicar tantas cosas;

ante todo, fin, al fin, de ese insulto, de la ofensa, conspiración nacional, todos culpables: necesidad de leer, alguna vez, por primera vez, a Gabriela Mistral” (*SAM* 56). Sí, “conspiración nacional” escribe, pero al menos está la chance de pensar que exagera.

La dimensión inaugural o fundacional de los planteos de Marchant es inseparable de la correlación que establece entre la no lectura de Mistral y la organización de los estudios universitarios en Chile. No es un detalle que, cuando se publica aquella ponencia de 1981 presentada en el Primer Seminario Nacional de Estudios Literarios, añada una nota en la que agradece la invitación “pese o porque no soy profesor de Literatura” (*EyT* 112). Ya ahí se advierte cómo su proyecto implica su propia dislocación en relación con la distribución universitaria de las disciplinas y, más específicamente, respecto a Departamentos de Filosofía en los que distingue menos pensamiento que repetición. Quizás la no lectura de la poesía de Mistral incluya una advertencia: para leerla, hace falta reconfigurar el entendimiento de ese par que incluye lo que por un lado se denomina literatura y, por otro, filosofía. Ahí hay un modo de desplegar el diagnóstico extremo con el que explica las numerosas décadas de no lectura mistraliana: “—miseria teórica de Chile” (*SAM* 159). Porque para Marchant solo hay lectura si hay teoría. Y leer teóricamente implica en principio componer una trama densa y singular de autores y obras (es decir, de perspectivas y conceptos) que no tiene validez por sí misma; vale en tanto y en cuanto permita medirse con aquello que se lee: en esta ocasión, la poesía de Mistral y, más en particular aun, sus poemas escritos en Magallanes.

No asombra que, en un libro de 360 páginas dedicado a la poesía de Gabriela Mistral, la lectura propiamente dicha de esa poesía comience recién en la 163. Antes, la reposición de la plataforma. Solo se lee cuando se plantea desde dónde se lee, inclusive institucionalmente, tal como hace Marchant al explayarse en relación a su exclusión de los Departamentos de Filosofía. Esa plataforma (que incorpora de entrada al Nietzsche que detecta pensamiento en el ritmo, pero también, junto a Groddeck, a una serie de psicoanalistas húngaros que continúan a Freud desde su crítica —Ferenczi, Hermann y sobre todo el Abraham que lee a Hermann—, al Heidegger que diferencia filosofía y pensar al comentar a Hölderlin y, por supuesto, a ese Derrida a quien el libro está dedicado y que le aporta, además de los conceptos de “envío” o “escena”, una tendencia hacia la insistencia textual), importa

menos por cada nombre propio que por la operatoria de combinaciones en la que cada nombre es presentado. Leer no es, para Marchant, posicionarse desde una teoría; leer es componerla.

La justificación mayor de su composición la alcanza al proponer la tesis increíble de que la poesía de Mistral dialoga tanto con el psicoanálisis de Freud o Hermann como con la filosofía de Heidegger, entendiendo, sin duda, que ese diálogo no fue ni es un diálogo “historicista”, o sea, asignable a una lógica de influencias. La postulación está sostenida desde nociones psicoanalíticas: para Marchant leer es leer el saber del inconsciente, que entiende como fundamento de toda poética. De ahí que asuma las nociones de “poeta” y “poema” de Nicolas Abraham, quien concibe a cada paciente psicoanalítico como “poeta” y sus dichos, de los que no llegan a la escucha del analista sino “jirones, fragmentos, piezas”, parte de un “poema” más extenso en configuración incesante. Como escribe Abraham al inicio de “El tiempo, el ritmo y el inconsciente”, de 1972, de lo que se trata es de acostar la obra (“¡y no al artista!”) en el diván (*La corteza* 86). Mistral es entonces, una y otra vez, “el poeta” en el fraseo de la escritura: un concepto teórico además de un caso particular. “Ajeno a nuestro interés, evidentemente, la ‘persona’ Gabriela Mistral”, escribe Marchant poniendo en evidencia cómo su método desestima categorías como las de sujeto o conciencia. Por eso tiene en teoría, sin duda, un problema que resuelve así: aunque el inconsciente pueda ser atemporal, la atemporalidad de cada inconsciente es trabajada según “circunstancias históricas, generales e individuales” (*SAM* 148), por lo que sería factible suponer algún vínculo entre el inconsciente del “poeta” y el decreto firmado por el ministro de Instrucción Pública que la nombra Directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas en 1918. Recién ahora es factible relevar el alcance de aquel diagnóstico, “—miseria teórica de Chile”, de resonancias no ingenuamente marxianas: Marchant indica con él la persistencia de un instrumental moderno que percibe prepotente en su desconocimiento de los cuestionamientos nietzscheanos de la verdad y la objetividad, de las posibilidades innúmeras que abre Freud y de las discusiones contemporáneas en torno al estatuto del texto. ¿Qué exhibe la no lectura de Mistral? La presencia extendida de un instrumental inadecuado para leerla.

Leer teóricamente es también para Marchant entender la escritura como momento decisivo de una lectura. No hace falta leerlo para advertirlo; alcanza con abrir el libro y divisar las variaciones en la disposición del

texto en la página mediante sangrías, la aparición ocasional de columnas, las diferencias tipográficas que marcan niveles del proyecto o la frecuencia ya casi insoportable de los paréntesis, los guiones, las comillas y, sobre todo, los subrayados. Porque si se trata de trabajar con el pensar inconsciente de los poemas de Mistral, se trata de trabajarlo desde una escritura en la que también el inconsciente o, mejor, su ritmo, se inscriba. Marchant muestra que es consciente: “la crítica literaria pertenece a la Época del Sujeto” (*EyT* 206); es decir, Marchant no hace “crítica literaria” porque no hay sujeto propiamente dicho ni en el poema ni en la escritura de su lectura que, adherida a una tradición psicoanalítica alternativa a la enfocada en la “ley del padre”, se deja llevar por una escansión asociativa capaz de poner en valor la confusión (“asociaciones, confusiones”, *SAM* 76, es de hecho casi un estribillo). Pero si no hay lectura sin escritura, tampoco hay escritura que no se vuelva sobre sí misma. De ahí que una de las marcaciones tipográficas esté destinada a destacar instancias autorreflexivas en las que Marchant da cuenta de esos siete años de silencio y de los siete meses que le demandó la escritura del libro. presenta un diario personal en el que confiesa, por ejemplo, “la palabra ‘desolación’ se me atravesó anoche” (*SAM* 203) o anota insistente sus escuchas musicales, al punto de atreverse a sugerir que *Sobre Árboles y Madres* es, en última instancia, una declaración amorosa por la “Octava Sinfonía” de Mahler; esta última broma sería permite reponer una de las referencias posibles al “M.M.” inscripto en el margen superior de numerosas páginas que, además del “intento por decir la palabra más importante del idioma” (*SAM* 58), ofrecería, así, la secuencia “Mahler, Mistral”. Aunque testimonien su predisposición auditiva hacia el ritmo, los comentarios melómanos son estrategia de lectura y escritura: “amor de la música, necesidad a cada instante de decir qué música... me acompaña —y ese acompañamiento, cuando yo puedo disponer de la música que quiero escuchar jamás es producto del azar, ejecución siempre directa del inconsciente” (*SAM* 61).

La reivindicación del ritmo y la música es inversamente proporcional a su atención al verso como elemento diferencial. Esa indiferencia exhibe los límites del uso de la concepción de “poema” de la denominada “estética psicoanalítica” de Abraham; también los límites de su apego al rechazo de Heidegger de la determinación técnica del pensar que, así como le permite denunciar en la teoría y la práctica ese género al que denomina “Discurso Universitario”, lo acota en su aproximación al poema. Con las disculpas

debidas por traer otra perspectiva filosófica (aunque un sintagma como “—miseria teórica de Chile” lo habilite), cabe considerar cómo, teniendo en cuenta que el modelo de sus comentarios a Mistral es el de los de Heidegger a Hölderlin, puedan repercutir sobre el programa de Marchant las observaciones críticas que Adorno les destina a estos últimos: cuando indica su distracción de lo específicamente poético, señala ya en medio de un evidente acceso de furia su reducción del poema “a todo el oprobio de la palabra, a la vez pasada de moda y de moda, ‘mensaje’” (Adorno 435) e invita a concebir cómo el poema se inscribe en todos sus momentos, incluyendo un encabalgamiento, un diseño estrófico, una reiteración sintáctica... ¿Será que la posibilidad de discernir pensamiento en el poema está ligada a la imposibilidad simultánea de pensar el poema? Tal vez sea en relación a una inquietud de este tipo que Agamben, participante del primer seminario de Heidegger en Le Thor en 1966, haya ido añadiendo poco a poco consideraciones técnicas (o sea, no solo técnicas) en su lectura de la poesía, reflexionando por ejemplo en torno a los vínculos entre metro y sentido para llegar a plantear, a propósito de un dístico, que al pensamiento del poema habría que detectarlo, exactamente, en la interrupción contrarrítmica de la cesura (Agamben 28). Sí, hay dos aspectos en el título *Sobre Árboles y Madres*: una operación tan arriesgada como fascinante en la ausencia adrede de un subtítulo que circunscriba la potencia de esos dos sustantivos inabordables y el carácter constitutivo de la preposición inicial, que expone el predominio de lo temático.

Tampoco se trata de indicar una pérdida en una propuesta de lectura cuya gracia mayor está en incorporar la pérdida como condición y, mejor no olvidarlo, como posibilidad. Cuando Marchant pregunta, ya vislumbrando su ambicioso programa filosófico, “¿Cumpliendo qué condiciones se puede leer la poesía chilena?”, lo que importa no es tanto la respuesta sino su prevención: esa es “una pregunta que necesariamente falta” (*SAM* 290; el subrayado es, por supuesto, del texto). Por otro lado, también corresponde recuperar la manera en la que el texto explicita —siempre con una delicadeza destinada a ser leída al revés: testimonio exacto de crudeza— la dimensión del acontecimiento de aquella pérdida de la palabra: “Cuando un acontecimiento es del todo traumático que amenaza con romper todo el aparato psíquico, a éste le queda, como recurso supremo o extremo para no desintegrarse, organizarse, reorganizarse, desde una figura particularmente simbólica” (*SAM* 331). El encuentro con las “escenas” y “poemas”

de Mistral se da en el transcurso mismo de aquellos años de no “poder decir nada”, de no “tener nada que decir”, tal como lo declara en un texto posterior, de 1988, en el que nombra mediante un apodo en más de un sentido arcaico no a una persona ni a una autora sino un modo del saber: “y la Vieja me interesó —o fascinó— sólo desde 1980 —atmósfera de difuntos” (*EyT* 208). Hay que aventurarse: toda la intervención de *Sobre Árboles y Madres* tiene como destino generar la ocasión oportuna para encontrarse, en algún momento de esos años en los que se comienzan a dimensionar los varios niveles involucrados en los alcances omnipresentes del acontecimiento del golpe, a solas con una sola palabra, poder sopesarla en sus varias dimensiones y, al fin, escribirla de otro modo. Me refiero a la que Mistral elige para el título de su primer libro de 1922: *Desolación*.

Porque en definitiva su indicación del pensar de la poesía es indisociable de su propuesta de que es la lengua lo que hay que pensar: “el trabajo de nuestro tiempo, pensar lo que es primeramente real para nosotros: el español, nuestra lengua, y Latinoamérica” (*SAM* 108). Ese pensamiento solo es posible, para Marchant, desde el reconocimiento de que es la lengua lo que piensa en el poema. De ahí este otro subrayado solo en apariencia mínimo: “pensar de la lengua española-latinoamericana” (*EyT* 207). Marchant entiende que no puede haber filosofía sin una interrogación de la lengua, sin una operación sobre la lengua, y por eso, citando a Nancy, acota que es con Kant que la distinción entre filosofía y literatura se vuelve posible y necesaria. ¿Cómo justifica tal afirmación? Ahí está la “mala escritura” de Kant (*SAM* 128). Pero si asediar ese recorrido le permite sospechar que es en la poesía donde la lengua tiene hoy más chances de exhibir su pensamiento (no está él entre los metafísicos que se atreven a separar concepto de metáfora, *EyT* 122), a la vez le permite relevar el carácter local del compromiso: se trata de pensar una variedad particular de esa lengua denominada español en una modulación nacional y continental. Asumiendo las resonancias de “habitar” de Heidegger, ese movimiento subsume lengua y territorio e incluye, ya otorgando rasgos de necesidad a la tarea, también el término patria. Ahora se puede ponderar mejor el impacto de la no lectura de la poesía de Mistral. Porque en la proposición de la poesía como pensar localizado de una lengua particular está para Marchant la chance de distinguir aquello que una sociedad alcanza a pensar sobre sí misma, y también aquello que no. Quizá referir a una “conspiración nacional” no sea tan exagerado.

Cuando Marchant distingue la tenencia de un instrumental inadecuado para leer a Mistral distingue, a la par, la tenencia de un instrumental inadecuado para abordar otros objetos, otras situaciones, otras experiencias. De ahí el esfuerzo y la tensión de su obstinación por generar las condiciones teóricas y metodológicas apropiadas para este proyecto filosófico destinado a pensar el pensar de la poesía chilena, y también la urgencia con que concibe el programa y una serie de tareas que, bueno, se diluyeron con la misma precipitación con la que lograron emerger. En efecto, hay preguntas relevantes en la insistencia por no leer. “El sol de ocaso pone / su sangre viva en los hendidos leños... // ... // El leñador los olvidó. La noche / vendrá. Estaré con ellos” (“Tres árboles”, sección “Paisajes de la Patagonia”, *Desolación*). En ese texto posterior de 1988 en el que retoma los problemas de *Sobre Árboles y Madres*, cuyo título es en sí mismo toda una declaración, “¿Qué puede hacer un pobre hombre frente a una mujer genial?”, responde: “Entender, pero entender bien, una sola cosa, que la Vieja no olvidó —nada olvidaba la Vieja—, que la poesía es *materia alucinada*, que si no hay alucinación, no hay poesía ni trato con la poesía” (*EyT* 212). Como si sospechara de las críticas que podía generar una afirmación de ese tipo, utilizando nada más y nada menos que ese adjetivo, de inmediato invita a considerar la diferencia radical entre “alucinaciones reactivas y alucinaciones afirmativas”, aunque para exhibir dicha diferencia sugiera —¡eh!— la escucha de los comienzos de “Wozzeck: Langsam Wozzeck, langsam” de Alban Berg. Ya son varias las oportunidades en las que me he dedicado a escuchar esos comienzos. Más allá de no haber logrado al momento reconocer con nitidez la diferencia, reconozco que la invitación me sigue apelando.

Bibliografía

- Abraham, Nicolas y María Torok. *La corteza y el núcleo*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- Adorno, Theodor. “Parataxis. Sobre la poesía tardía de Hölderlin”. *Notas sobre Literatura. Obra Completa, 11*. Madrid: Akal, 2003. 429-472.
- Agamben, Giorgio. “Idea de la cesura”. *Idea de la prosa*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2015. 27-29.
- Marchant, Patricio. *Escritura y temblor*. Santiago de Chile: Campo Propio, 2000.
- . *Sobre Árboles y Madres*. Buenos Aires: La Cebra, 2009.
- Mistral, Gabriela. *Poesía y prosa*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1993.
- Nietzsche, Friedrich. *Más allá del bien y del mal*. Buenos Aires: Hispamérica, 1983.